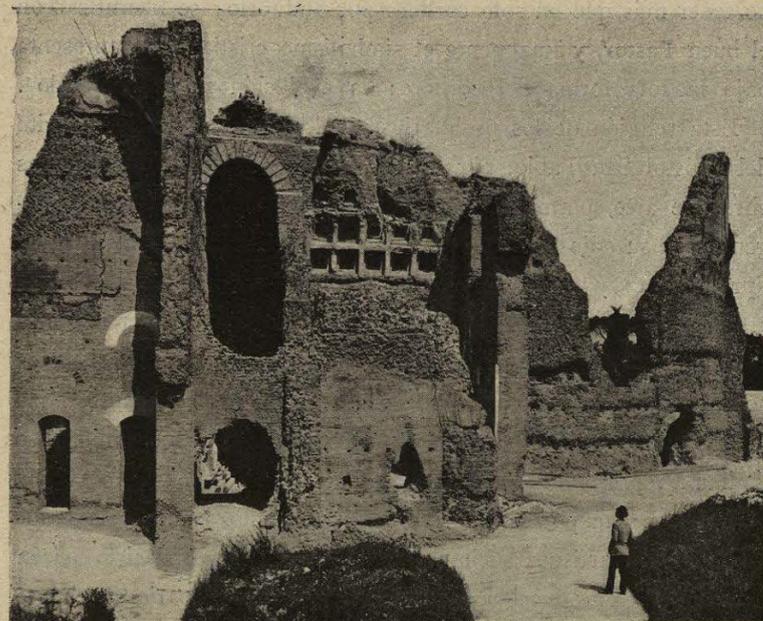


consecuencia de invasiones, de emigraciones y de guerras civiles, pero en el conjunto hubo transición gradual de un culto a otro culto. Muchos santos, como San Hermes o Santa Eleuteria, se crearon por la sencilla introducción de las denominaciones de antiguas divinidades en el ritual de la Iglesia. Las tres personas de la Trinidad, cuya definición teórica representándoles como espíritus puros, iguales en potencia, igualmente infinitos en el tiempo y en el espacio era inadmisibles al espíritu humano, tomaron una realidad tangible a los ojos de los fieles, de modo que se superpusieron a los grandes dioses antiguos. Aquí el Dios Padre reemplaza a Júpiter; allá el Dios Hijo sucedía a Mithra, a Baco, a Febo Apolo; en cuanto al Santo Espíritu, era por definición de esencia demasiado sutil para concretarse en un dios popular. Si el culto de la Virgen adquirió tal importancia en la religión católica; si María, la «Madre de Dios», acabó de constituir el cuarto término del ser múltiple y uno, aunque todos los relatos milagrosos a María atribuidos en los Evangelios apócrifos hubiesen sido rechazados del canon de las Escrituras en los primeros tiempos de la Iglesia¹; si hasta en ciertas regiones de la Cristiandad, el culto de la esposa del carpintero superpújó al del Dios mismo, fué debido a que las antiguas adoraciones se habían perpetuado. Era preciso dar una heredera a todas las diosas paganas de los tiempos pasados. Las Afrodita y las Artemisa, las Demeter y las Pallas Atenea habían recibido durante mucho tiempo los homenajes de los fieles, y continuaron recibéndolos, aunque bajo otros nombres, y ni siquiera perdieron los vocablos ordinarios con que el pueblo los invocaba: siempre fueron las Panagias o Santas por excelencia, las «Nuestra Señora» y las «Buena Madre». Sin duda la Iglesia, al cambiar oficialmente los dioses y la jerarquía celeste, no llegó a ver mil diosas antiguas en la augusta Madre de su liturgia, pero los adoradores se dirigían cada uno a la potencia diferente, a la diosa especial que se había reservado tal o cual parte de gobierno en los negocios humanos: los hijos invocaban la patrona que había socorrido a sus abuelos.

Lo mismo que los dioses, también los símbolos religiosos se

¹ Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, II, p. 11.



Cl. Alinari.

ROMA—RUINAS DEL PALACIO DE LOS SEVEROS SOBRE EL PALATINO

habían conservado y no se modificaron sino por la lenta evolución. Lo que los escritores indicaban antes como símbolos particulares a la religión del Cristo le habían sido transmitidos por los cultos paganos. La lámpara del fuego solar eterno ardía en los templos de Minerva, de Apolo, de Júpiter, como arde en los de la Virgen; el vapor del incienso flotaba alrededor de las estatuas de los dioses lo mismo que asciende en nuestros días hacia el santo tabernáculo. Minerva, como María, tenía celadoras y les hacía distribuir el pan bendito. Los sacerdotes tenían también su tonsura y se entregaban también a los mismos balanceos de cuerpo y genuflexiones. Las tumbas de los primeros mártires tuvieron una decoración puramente mitológica: los Cristianos habían aceptado todo de sus antepasados paganos, las victorias, los amores, los dioscuros, Icaro, Psiquis, pero dándoles poco a poco una significación diferente. Orfeo, el cantor divino, se transformó a los ojos de los fieles en la persona augusta del Cristo, el hijo de Dios. Representado primeramente en medio de animales a los que encanta con el sonido de su lira, acabó por

no tener más que un solo cordero por auditorio; se identifica con el buen Pastor, y finalmente el simbolismo cristiano le representa bajo la sola forma del cordero: la evolución se ha realizado¹.

Esta religión de los proletarios rebeldes, que comenzó al grito del apóstol San Pablo, por la destrucción de los libros y de las obras de arte, permaneció durante mucho tiempo fiel a sus orígenes por su odio a la ciencia, siempre calificada de «falsa» y de «pretendida», y por su impotencia para manifestarse bajo una forma artística que no fuera la vehemencia oratoria. Los primeros poetas cristianos son de una lamentable medianía. Los escultores cristianos no tardan en hacerse incapaces de reproducir decentemente las formas humanas. Pronto no labran ni siquiera groseras efigies: se limitan a representar vagamente palomas o a tallar monogramas del Cristo y acaban por no saber esculpir más que la cruz; la ignorancia de los artistas, su impotencia, se resume por decirlo así en la incesante reproducción de ese símbolo. «La barbarie en el arte precedió a los bárbaros»². Por lo demás el cristianismo fué desde su origen tan contrario a la figuración de la forma humana como después lo fué el Islam; observaba sobre este punto el precepto de Moisés, que condenaba la práctica de «tallar imágenes». Los rigoristas se complacían en repetir que Jesús había sido feo, condenando así en su persona el culto de la belleza; después, cuando la veneración religiosa se inclinó hacia la madre de Jesús, los fieles que se oponían a esta idolatría profesaban también que la Virgen había sido escogida especialmente entre las humildes y las feas. Al principio del siglo IV, Eusebio, uno de los más ilustres padres de la Iglesia, reprueba como profano el deseo de poseer «santas imágenes», y hasta en plena Edad Media, hay concilios y doctores autorizados que condenan el arte y los artistas³. Habiéndose conservado los antiguos trajes funerarios como los otros hábitos sociales, las imágenes que se reproducían sobre las tumbas de los cristianos habían de ser por eso mismo copiadas del arte pagano: los artistas de las catacumbas eran continuadores de los pintores de Pompeya.

¹ Remy de Gourmont, *Revue Blanche*, 1.º Abril 1898.

² Gastón Boissier, *Revue des Deux Mondes*, 15 Junio 1866, p. 98.

³ Ernest Renan, *Marc-Aurèle*, ps. 540 a 545.

El arte llamado cristiano fué en realidad arte pagano hasta la época en que la herejía forzó las puertas de la Iglesia, y aun de ese arte en que se inspiraba, sólo tomaba lo viejo y corrompido. Los cristianos no imitaban más que imitaciones y no copiaban sino copias.

Del mismo modo todos los conocimientos y refinamientos del espíritu fueron despreciados por los neófitos. La educación de los mismos cristianos era forzosamente pagana, puesto que los que profesaban la «locura de la cruz» eran ignorantes. La escuela quedaba así de una



Museo del Louvre.

Cl. Alinari.

ROMA—EL BUEN PASTOR

Estatua cristiana de los primeros siglos.

manera indirecta enemiga del cristianismo: contrarió durante mucho tiempo a la religión nueva, del mismo modo que en nuestros días la educación católica está subyugando todavía a los hijos de los pensadores libres. Instituciones, costumbres, lenguaje, la vida entera estaba impregnada del espíritu del pasado y penetraba, transformaba el cristianismo aun cuando éste hubo conquistado el poder material. Sofocados por el régimen político, los ciudadanos no tenían ya voluntad ni franqueza, y sus artes habían perdido la sinceridad de la expresión, la literatura se había vuelto retórica y fórmula convenida, el pensamiento no era más que un reflejo y la filosofía había cedido el puesto a los sueños místicos.

La inferioridad patente de los cristianos desde el punto de vista de la ciencia, de la poesía y de las artes plásticas, contribuyó por una parte a fortificar entre los conservadores romanos el sentimiento de desprecio que les inspiraba la religión nueva, ya tenida por vergonzosa a causa de su origen oriental y del medio donde se reclutaban sus adeptos, esclavos, libertos, proletarios y pobres pecadoras. Y no obstante, este origen popular, con todas las condiciones de un medio semejante, fué precisamente lo que permitió al cristianismo desarrollarse y triunfar a la larga, a pesar de la aversión que los refinados de la civilización greco-romana le profesaban. Es cierto que los nobles estoicos, que vivían separados de la sociedad corrompida de arriba y que trataban de vivir conforme a su bello ideal con los pocos amigos que les comprendían, formaban un grupo admirable, que contrastaba con la multitud ignorante y envidiosa de los cristianos. Religión de cabeza, el estoicismo, por más que exaltaba la pobreza, glorificaba el espíritu de sacrificio, elevaba el duro trabajo sobre la riqueza y los placeres y exigía la «caridad» del corazón que trata de hacerse perdonar el beneficio, el pueblo permaneció sordo a esta enseñanza, a la par que faltaba la sanción grosera y tradicional de las recompensas y de las penas. El estoicismo era demasiado sincero y puro y no podía, por tanto, prometer a sus fieles la colocación a la derecha de Dios ni atraerse a los crueles y vindicativos imaginando un infierno «cuyo fuego no se extingue»¹.

¹ Jules Baissac, *Le Dieu sémité et le Dieu aryen*, Société Nouvelle, Mayo 1898.

Pero si la multitud no comprendía el estoicismo, éste mostraba la misma ceguedad, no discernía la fuerza que arrastraba las masas populares hacia un nuevo ideal; sólo creía asistir a una disputa entre sectas judaicas¹. Esta aristocracia del pensamiento despreciaba la ignorancia, desdeñaba las pasiones, los entusiasmos y los odios, no sabía descender al pueblo, y éste, a justo título, no le distinguía de la turba de los gozadores: tanto como se ignoraban, estoicismo y cristianismo se detestaban. ¡Cuántos siglos pasaron antes que fuera posible una síntesis entre elementos tan diversos y que la razón iluminada pudiera tener como vehículo la humanidad entera!

El cristianismo, bajo sus diversas formas, y especialmente la que, después de haber triunfado, tomó el nombre de ortodoxia, continuó propagándose en las masas profundas de las naciones reunidas bajo el poder de Roma. A medida que la unidad parece hacerse más sólida por la terminación de la obra de irradiación de los caminos entre Roma y todos los puntos estratégicos del contorno del Imperio; a medida que aumentaba el número de ciudadanos, hasta el punto de englobar, desde el principio del siglo III, todos los hombres libres, el desorden moral producido por la diferencia de los cultos, de las ideas y de las ambiciones se generalizó en todas las partes del mundo romano. El poder central representado por el emperador, no pudo, pues, apoyarse ya sobre el consentimiento universal de los súbditos, a causa de quedar éstos en lo sucesivo divididos en naciones y en clases que se odiaban recíprocamente: para conservarlos en estado de dócil rebaño fué preciso servirse del ejército como principal instrumento del reino. Pocos años después del gobierno pacífico de los Antoninos, Séptimo Severo, victorioso de dos poderosos competidores, se aprovechó de sus victorias para reorganizar completamente el ejército constituyendo un cuerpo de pretorianos escogidos entre todas las legiones y principalmente entre las que habían estado de guarnición en las provincias orientales del Imperio: los nombres transmitidos indican sobre todo ese origen².

¹ Anatole France, *Sur la Pierre blanche*.

² Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, III Teil, Erste Abteilung, p. 367.

Evidentemente Séptimo Severo había constituido una fuerza militar sobre la cual podía contar personalmente, sea en las guerras civiles, sea en las extranjeras; pero esos pretorianos que le eran adictos y que le hubieran servido de buen grado contra la misma Roma, puesto que sólo eran romanos de nombre, eran tanto más peligrosos para los ciudadanos y para el conjunto de la nación; cuando no tuvieron ya que emplear su fuerza en las guerras exteriores sobre las fronteras del Rhin, del Danubio y del Eufrates, se ocuparon en saltear y robar a través de las provincias y en disputarse Roma como una presa; vióse entonces, a la mitad del siglo III, hasta treinta candidatos,—los treinta tiranos,—sostenidos por otros tantos grupos militares distintos, disputarse el Imperio.

Esta división profunda, esencial, entre Roma y su ejército había comenzado ya bajo la República. Muchos bárbaros, alistados como soldados por los triunviros, habían recibido el título de ciudadanos y participado en las grandes distribuciones de tierras en los campos de la Italia septentrional. Mientras los extranjeros entraban en el ejército, los Romanos salían de él. Los jóvenes de Roma, después los de las ciudades italianas, se habían aprovechado de sus privilegios para eximirse del servicio militar: se contentaban con la gloria de sus abuelos y se abstendían de conquistarla por sí mismos¹. Las gentes del campo tomaban el cuchillo en mano y acababan por convertirse en amos. Ya no había Romanos propiamente dichos entre los pretorianos que nombraban y derribaban los emperadores y trataban la «ciudad eterna» como ciudad conquistada².

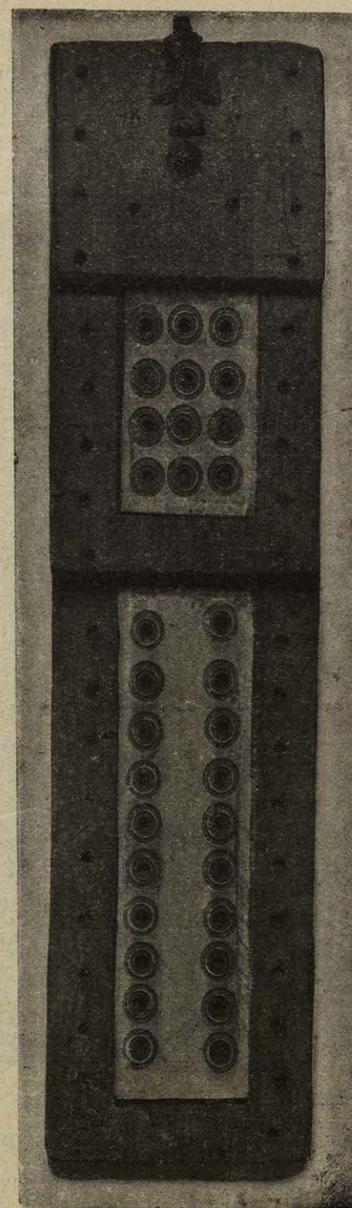
Bajo Diocleciano, los soldados ni siquiera son ya súbditos de Roma, son mercenarios reclutados fuera de los límites del Imperio: los bárbaros, futuros conquistadores, son de ese modo introducidos por el mismo soberano, y causa admiración que hayan permanecido tanto tiempo sin emplear por cuenta propia la fuerza que poseían. La veneración de la santa Roma les contenía en el ejercicio de su poder.

La nación cuya misma impotencia había acabado por desinteresarse completamente de sus propios destinos políticos, no tenía ya

¹ Virgilio, *Eglogas*, II, 72.

² Eduard Meyer, *Die wirtschaftliche Entwicklung des Alterthums*, ps. 54 y 55.

pasión más que para los juegos sangrientos del circo. El arte en el asesinato, tal había llegado a ser el refinamiento por excelencia, y la turba romana, ávida de espectáculos, discurría con inteligencia sobre el asunto: matar un hombre con elegancia conducía a la riqueza y a la gloria, como lo hace hoy una estocada plantada con aire distraído en el cuello de un animal por la infalible mano del torero. Los príncipes que asistían sin interés a los juegos del circo se hacían rápidamente impopulares, y si los cristianos permanecieron durante tanto tiempo aborrecidos por la multitud romana, se debió a que se les atribuyó la idea de abolir los espectáculos sangrientos; se pensaba que si llegaban al poder seguirían fieles a sus principios, como si la conquista del trono no tuviera siempre por efecto consolidar los abusos. El hecho es que después del triunfo de la «cruz», los emperadores cristianos se guardaron bien de tocar a las horribles fiestas; éstas se conservaron hasta la destrucción del Imperio, y aun mucho tiempo después hasta el reinado de Teodórico¹. Dícese que entonces fué precisa la iniciativa de un fraile revolucionario para poner término a los combates de gladiadores: un tal Telémaco, africano de origen,



Museo Guimet. Cl. Giraudon.
EXCAVACIONES DE ANTINOE
CUENTA ORACIONES

¹ Gastón Boissier, *La Fin du Paganisme*, ps. 94 y sig.